

Ejail, 18 de febrero de 1927

M. Sr. Dr. D.

Remigio Romero León
Cuenca.

Papacito mío:

Respectivamente, repetidas e imprevistas ausencias de Ejail, han sido las causantes de que no te haya escrito en correos anteriores. Poco amata van esos incómodos y molestos viajes a casas de mantuarios y genterillas de aldeas, pero, como hay que cubrir necesidades y como uno tiene que ser hombre, cuente lo que contare, no puedo sino ponerle a mi destino. Péguese lo quince, veinte horas de navegación y aguas arriba o aguas abajo de esteros y nos torbellinos, si usó el alijamento en esto que aquí llaman ranchos, para ser devorado por el mosquito; y luego un honorario que apenas de para satisfacer imperiosas necesidades. Sin embargo, ni me amilano ni me quiezo contra la Providencia Esty en el periodo en que la lucha por la vida me está enseñando cosas grandes, muy grandes cosas. Mañana, si no tengo dinero, tendré el perfecto crecimiento del niño, que es ya una rabi diuina más valiosa que cualquier tesoro. No es eso?

¿Que me decidís de ir a la Sierra, en

vista de lo caro que es permanecer allí. Se pujan precios fabulosos por habitaciones insignificantes; los pasajes ferroviarios están aumentados en un 50%; los artículos alimenticios se compran a precios iguales a los de la costa; hasta la sombra, para trasladarse al interior, exige el doble de la soldada ordinaria. No hubiera podido, pues, hacer frente a tan complicada máquina. Además, el contrato que tengo con La Nación (mi más fuerte renfón, de entrada), me fuerza a permanecer en la ciudad; pues estoy obligado a trabajar de cinco a seis horas diarias, especialmente en la traducción del cable, cosa que milagrosamente he aprendido sin saber inglés. En todo esto está Dios y está la plenitud de su misericordia santa.

De todos modos, me bato, como decimos en la tierra. Me bato, sin demostrar amargura, sin aparecer cobarde, antes con un optimismo que hasta ha impedido que me enferme. Ya era hora de que, dada la crueldad con que me pican los mosquitos, ya era hora de que un paludismo bestial me victime. Sin embargo, nada. Estoy delgado; pero no puedo decir que estoy enfermo. No obstante el calor, el exceso de trabajo intelectual, la molestia de los vapores y la falta de apetito que me distinguen... Dios está conmigo, y me es grato reconocerlo así.

La Coyita se ha adaptado también a este infierno tropical. Cada día está más vivaz; al extremo de que me causa admiración. Ojalá pueda

verlo feler algún día.

Mariya está bien también... Hace un mes envié a la tía blanca un obsequio, con motivo del Santo de ella; pero, como no le contesta, parece que la tía no ha recibido la encomienda, que fue en pequeño certificado y con la respectiva libranza en carta. De ruego Mariya averiguar si la tía recibió o no aquello.

Como consecuencia de la estación y vada la blancura de su piel, según dice el médico, la Cojeta tiene un raspullido, que se curará con afrecho. Pero hallar afrecho en Jquib es pedir peras al olmo. Si Ud. convenientemente puede mandarme unas dos o tres libras, hazgalo así. Desde Naranjab, una parente de Cosme una vez me consiguió su salvado; mas, como ya tarda, supongo que nada debo esperar, y que es hora de molestar a Ud.

Mucho me ha complacido recibir, por intermedio de Ud., noticias de mi hermana Maria. El Comandante Miguel Angel P. de Cordova, venido ayer o antes de Portorico, ya me había hablado también de ella y de sus obligaciones. Confío en que Guillermo conseguirá sustituir al Dr. Falconi; de recomendarle Ud. a la Corte.

Hay un ab entierro de Tonia Dolores Scara de Pino Rocca, esposa del Sr. J. Gabriel y madre de Pepe Pino, los cuales escribieron mucho y bien por nuestros idos. La senora que ha muerto fue, además, hermana de Alberto Scara Buitamante, su ampo... Vea Ud. cómo cosa.

ple con ellos, en este doloroso caso... Es buena gente...
Y les debemos atenciones...

Hasta el martes, papacito... Te pienso en
el grupito, donde el corazón que más lo quiere es
el de su

Papapá

Mue recuerdos de todos los de aquí a todos los de
allá.